

siones el 12 de Junio, para continuarlas el 15 de Julio en México. Se determinó que la Suprema Corte de Justicia permaneciera algun tiempo más en Querétaro.

En virtud del armisticio y por especial nombramiento del presidente interino Peña y Peña, desde el 6 de Marzo fungia de gobernador del Distrito Federal D. Juan María Florez y Terán, teniendo de secretario al Lic. D. José María Zaldívar. La nueva autoridad política, de orden expresa del gobierno, repuso al ayuntamiento de 1847 que habia sido destituido por el invasor; reglamentó desde luego el cobro de los derechos municipales, y publicó la convocatoria á eleccion de diputados, senadores y presidente de la República. Las del nuevo ayuntamiento de la capital tuvieron efecto á fines de Abril.

Los preparativos de marcha de las tropas norte-americanas habian comenzado desde mediados de Mayo, y al anunciar Butler el canje de las ratificaciones del tratado, fueron retirados los destacamentos de Toluca, Cuernavaca y Pachuca. La division de voluntarios de Patterson salió de México hácia Veracruz el 30 de Mayo. Las demás divisiones fueron saliendo en los primeros dias de Junio, y el 12 de dicho mes las guardias norte-americanas fueron relevadas por tropas nuestras, arriándose la bandera de los Estados-Unidos y enarbolándose la de México en el palacio nacional, con mútuo saludo de la artillería nuestra y de la del invasor. Inmediatamente despues, la division de Worth, última que habia quedado aquí, salió de la ciudad, y entraron en ella el presidente y los ministros.

De una relacion contemporánea<sup>1</sup> tomo los siguientes pormenores:

“El dia 12 (de Junio) fué el destinado á la desocupacion de la capital por el ejército americano. Sus tropas desde las cinco de la mañana empezaron á colocarse en forma de batalla en los costados del portal de las Flores y Catedral, y una batería de 10 piezas ocupó el costado del portal de Mercaderes dando su frente al palacio nacional. El señor general D. Rómulo Diaz de la Vega, comisionado al efecto por el supremo gobierno, mandó situar una batería de 4 piezas al lado derecho de palacio, con cuarenta y dos tiros; cuyos artilleros eran los valientes del batallon nacional de Mina. A las seis de la mañana fué saludado el pabellon de las estrellas por la batería americana con treinta tiros y por la mexicana con veintiuno; despues de haber descendido aquel, se izó el pabellon tricolor de México, que fué igualmente saludado por ambas baterías, y en ese momento le presentaron las armas todos los cuerpos

<sup>1</sup> “Apuntes históricos sobre los acontecimientos notables de la Guerra, etc.”

norte-americanos, emprendiendo la marcha y desfilando frente á palacio. Una brigada del general Worth permaneció dentro de este edificio hasta las ocho y media de la mañana. A las nueve quedó completamente evacuada la capital por el ejército de los Estados-Unidos del Norte. Innumerables patrullas de los batallones de guardia nacional velaron por la tranquilidad pública en ese dia y los siguientes: no hubo desorden de ninguna clase, merced á la infatigable vigilancia del Señor gobernador y jefes de los mencionados cuerpos. El E. Sr. D. José Joaquin de Herrera instaló su gobierno al tercero ó cuarto dia, en el palacio nacional.”

Aunque lo que voy á decir extralimita el período á que se refieren mis apuntamientos, no debo callar que la capital de la República no fué indiferente á la memoria de las víctimas de la guerra; y que, para honrar tal memoria, una gran solemnidad fúnebre tuvo efecto el 17 de Setiembre siguiente, siendo llevados los restos de Frontera, Cano, Perez y Xicotencalt, de la iglesia de Jesus Nazareno, por el frente de palacio y las principales calles, con acompañamiento de colegios, empleados, funcionarios públicos y cuerpos de la guardia nacional y del ejército, y presidido el duelo por los ministros de Herrera y el ayuntamiento, al panteon de Santa Paula, donde habia sido erigida lujosa pira. En ella, ántes de la inhumacion, fueron colocados los ataúdes miéntras un veterano de aquella guerra, el general D. Santiago Blanco, tan bueno para avanzar á la cabeza de sus Zapadores con el arma al brazo, contra las ardientes bocas de la batería de Washington en la Angostura, como para recordar con fácil y elocuente frase los principales hechos de la campaña cuyas cicatrices llevaba patentes, y los nombres y servicios de las víctimas, exclamaba ante un auditorio conmovido: “La gloria es la eternidad del mundo: la memoria, la gratitud del género humano.”<sup>1</sup>

Las columnas norte-americanas salidas de la capital se detuvieron unos dias en Jalapa, aguardando la llegada de trasportes á Veracruz, y luego que estuvieron ellos disponibles bajaron dichas tropas y se embarcaron.

La desocupacion de la línea del Norte se efectuó con órden y rapidez análogos, salvo, acaso, alguna detencion del coronel Price en Chihuahua.

En Veracruz, cuya aduana marítima habia sido devuelta desde el 11

<sup>1</sup> El general Gonzalez Mendoza pronunció tambien un notable discurso, y leyeron inscripciones latinas y composiciones en verso y en prosa Lacunza, Prieto, Escalante, Suarez Navarro, Gutierrez y otras personas.

El general Blanco ha muerto al darse principio á la presente edicion de esta obra, en cuya redaccion habia ayudado eficaz y valiosamente al autor con noticias pormenorizadas acerca de algunos hechos de armas, y, sobre todo, con su ilustrado criterio respecto de los juicios y apreciaciones aquí expuestos.

de Junio, tuvo lugar el 30 de Julio la entrega formal de la ciudad y del castillo de San Juan de Ulúa, volviendo á izarse en ambos puntos la bandera de México.<sup>1</sup> El mismo dia se reembarcaron las últimas tropas invasoras.

El sentimiento de satisfaccion de los mexicanos al verlas alejarse, solamente pudo ser comparable al que habrian experimentado Laocoonte y sus hijos al verse libres de las serpientes entrelazadas á sus cuerpos.

El presidente de los Estados-Unidos habia proclamado la paz con México el dia 4 de Julio, aniversario de la independencia norte-americana.

Termina aquí la narracion de los sucesos que dieron asunto á este libro. Para ponerle punto solo me falta resumirlos brevemente, á fin de que nos dejen ver con toda claridad su filosofia, ó sea la leccion que para nosotros encierran, y cuyo aprovechamiento ú olvido han de influir provechosa ó funestamente en el porvenir de México.

La guerra nuestra con los Estados-Unidos fué el doble resultado de la inexperiencia y del engreimiento de la propia capacidad, por una parte; y de la ambicion que no halla freno en la justicia, y del abuso de la fuerza, por otra parte.

La rebelion de Tejas, más bien debida á la emancipacion de los esclavos en México, que á la caida de la constitucion federal de 1824,<sup>2</sup> habria tenido lugar sin la una y sin la otra. Fué el resultado del plan de los Estados-Unidos, calculado y ejecutado con calma y sangre fria verdaderamente sajonas, y que consistió en enviar á nacionales suyos á colo-

1 En el Estado de Veracruz, el gobernador Soto y el comandante general Peña y Barragan, desde Huatusco, habian estado disponiendo el restablecimiento del orden constitucional y la entrada de algunas fuerzas militares en los puntos que iba evacuando el invasor.

Desde fines de Marzo se habia restablecido el correo de Veracruz para el interior, y á mediados de Abril volvieron á correr las diligencias de México á aquella ciudad.

2 Alaman decia en Abril de 1830, en la iniciativa que ya he citado:

“Es tal la independencia de que gozan los colonos norte-americanos en Tejas, y llega ya la superioridad que disfrutan á tal punto, que decretada la abolicion de la esclavitud en 15 de Setiembre anterior (1829) en uso de las facultades extraordinarias, el comandante de la frontera de aquel Estado manifestó que no esperaba que jamás fuese obedecido dicho decreto, á ménos que no los obligase una fuerza superior, de que él carecia. *Esta resistencia ha traído las cosas á tal punto, que se creía ésta fuese la ocasion del rompimiento*, y para evitarlo, se dió por exceptuado aquel Departamento del cumplimiento de esta disposicion, derogándola, no por una providencia ostensible, sino, lo que es muy extraño, por medio de una carta particular escrita por el Sr. Guerrero al general Terán, comandante general de los Estados de Oriente, en que lo autorizaba para manifestar á los colonos que el expresado decreto no comprendia á Tejas.”

nizar tierras entónces pertenecientes á España y luego nuestras, y en excitarlos y ayudarlos á rebelarse contra México, rechazar todo ataque nuestro, erigirse en pueblo independiente, obtener como tal el reconocimiento de algunas naciones, é ingresar, al fin, en la Confederacion norte-americana en calidad de uno de sus Estados. ¿Hay calumnia ó simple inexactitud en esto? Véanse los extensos y luminosos informes del general D. Manuel de Mier y Terán, que obran en nuestros archivos, acerca de la situacion y los peligros de Tejas y de nuestra frontera septentrional, mucho ántes de la rebelion de los colonos; la iniciativa de nuestro ministro de Relaciones D. Lúcas Alaman de 6 de Abril de 1830; y, sobre todo, la nota del enviado norte-americano Wilson Shannon, de 14 de Octubre de 1844, en que se dijo acerca de la medida de la agregacion de Tejas á los Estados-Unidos, pendiente en Washington en aquella sazón: “Ha sido una medida política largo tiempo alimentada y creida indispensable á su seguridad y bienestar (de los Estados-Unidos); y, consiguientemente, ha sido un fin invariablemente seguido por todos los partidos, y la adquisicion de su territorio (de Tejas) objeto de negociacion de casi todas las administraciones en los veinte años últimos.”<sup>1</sup>

La rebelion de Tejas halló á México engreida con el brillante resultado de su guerra de independencia, y creyéndose capaz de toda alta empresa. Con la presuncion y el arrojo que dan los pocos años, envió á su ejército al través de inmensos desiertos y sin recursos hasta el Sabina, á escarmentar á los rebeldes, y en el aturdimiento de la primera derrota le hizo retroceder hasta el Bravo, como señalando así anticipadamente la zona toda que debiamos perder de aquel lado. Sus posteriores é inútiles alardes y preparativos de recobro de Tejas ántes y durante el acto de la incorporacion de dicho Estado en la Union norte-americana, suministraron á ésta un pretexto para traernos la guerra en cuya virtud se adueñó, al cabo, de la zona que más allá del Bravo nos quedaba, así como de Nuevo-México y la Alta California.

México que, para obrar con prevision y cordura, debió haber hecho en 1835 abandono de Tejas, ciñéndose á conservar y fortificar sus nuevas fronteras, debió en 1845 reconocer el hecho consumado de la independencia de aquella colonia y arreglar por la vía de las negociaciones sus propias diferencias y sus límites con los Estados-Unidos. Imprudencia y locura fué no hacer lo uno ni lo otro; pero hay que convenir en que aquella juiciosa conducta no le habria evitado las nuevas pérdidas ter-

1 Ya en la página 17 de este libro se habia hecho referencia á las palabras de Shannon aquí citadas textualmente.

ritoriales sufridas en 1848. También la zona entre el Bravo y el Nueces, también el Nuevo-México y la Alta California eran indispensables á la seguridad y el bienestar de los Estados-Unidos, como lo demuestran su correspondencia diplomática;<sup>1</sup> diversas alusiones de los mensajes del presidente Polk al congreso; la nota de Trist de 7 de Setiembre de 1847 á los comisionados mexicanos; y, ántes que todo y muy principalmente, las invasiones armadas en Nuevo-México y la Alta California, todavía bajo un estado de paz entre ambos pueblos. Así, pues, el pretexto habría sido otro; pero la apropiación de tales territorios, la misma.

La guerra con los Estados-Unidos nos halló en condiciones desventajosísimas á todas luces. A la inferioridad física de razas, uniamos la debilidad de nuestra organización social y política, la desmoralización, el cansancio y la pobreza resultantes de veinticinco años de guerra civil, y un ejército insuficiente en número, compuesto de gente forzada, con armas que en gran parte eran el desecho que nos vendió Inglaterra, sin medios de transporte, sin ambulancias ni depósitos. La federación, que en el pueblo enemigo fué el lazo con que Estados diferentes se unieron para formar uno, fué aquí la desmembración del antiguo para constituir Estados diversos: cambiamos nosotros, en sustancia, la unidad monetaria del peso por los centavos que había reducido á peso fuerte nuestro vecino. Uno de los efectos más deplorables de esta organización política, debilitada y complicada aún más por nuestra heterogeneidad de razas, se vió en la indiferencia y el egoísmo con que muchos Estados—mientras otros, como San Luis Potosí, hicieron inauditos esfuerzos en la defensa—pudieron atrincherarse en su soberanía, negando recursos de sangre y dinero al gobierno general, obligado á un tiempo mismo á hacer frente á la invasión extranjera, y á contener y reprimir las sublevaciones de los indios. En cuanto á nuestro ejército, su inferioridad y deficiencia se vieron desde la campaña del otro lado del Bravo con la cual tuvo principio la guerra en 1846. Allí una masa de 3 á 4,000 hombres á quien convenia por medio de un movimiento rápido é inesperado llevar á Taylor por sí misma la noticia de su avance, tuvo que detenerse á pasar el río en dos lanchas; se vió quintada por la artillería del enemigo á quien no llegaban las balas de nuestros cañones, y hubo de abandonar en el campo de batalla sus heridos á la humanidad y conmiseración

<sup>1</sup> Véase especialmente la nota de Buchanan á Slidell fecha 10 de Noviembre de 1845. Ripley menciona la necesidad que los Estados-Unidos tenían de buenos puertos en la costa del Pacífico, de los cuales carecía el Oregon. Menciona también el temor que reinaba en los mismos Estados-Unidos de que la Gran Bretaña adquiriera la Alta California ó estableciera colonias en ella.

ción del vencedor, para retirarse en completo desorden á Matamoros y rehacerse, aumentarse y volver á ser vencida en Monterey.

Por un momento se creyó que la suerte de las armas iba á sernos propicia. Con el ímpetu y la celeridad con que en 1829 acudía á las playas de Tampico á rechazar la invasión española, Santa-Anna llegaba al país, establecía su cuartel general en San Luis, engrosaba y organizaba sus huestes y avanzaba con ellas hasta la Angostura al encuentro de Taylor. Ataca allí y hace retroceder de unas posiciones á otras al enemigo, le quita parte de su artillería, le hace consentir en su derrota: y, á última hora, falta el concurso de la caballería mexicana que debía avanzar del lado del Saltillo hasta Buenavista, se carece de municiones de boca en nuestro campo, y hay que levantarle, también con abandono de los heridos, emprendiendo hácia Aguanueva y San Luis una retirada desastrosa, que fué una verdadera derrota.

Taylor había quedado maltrecho é imposibilitado de emprender nuevas operaciones inmediatas; pero el enemigo era rico y poderoso y podía enviar aquí ejército tras ejército. Mientras el de Taylor se rehacía en la línea del Norte, y otras divisiones norte-americanas invadían y conquistaban á Nuevo México y las Californias, y habíamos perdido ya á Tampico, el ejército del mayor general Scott desembarcaba y establecía sus baterías contra Veracruz, y ocupaba esta arruinada y heroica plaza á fines de Marzo de 1847. Los restos del único ejército nuestro, desamparando la línea de defensa contra Taylor, emprendían harapiientos y quemados por el fuego del sol y de los combates, una marcha de centenares de leguas hasta Cerro Gordo, donde, acompañados de algunas fuerzas de guardia nacional, defendieron y perdieron posiciones mal escogidas, y se desorganizaron y desbandaron, aunque no sin haber hecho muy costosa al enemigo su victoria.

La defensa del Valle de México constituyó el último y el más empeñoso de nuestros esfuerzos. Un nuevo ejército, relativamente numeroso, aunque compuesto en grandísima parte de gente novicia é indisciplinada, ocupó la línea de fortificaciones trazada y construida por Robles y algunos otros de nuestros más hábiles ingenieros. No obstante haberse desviado Scott del camino recto para evitar los fuegos del Peñon al aproximarse á la capital, el plan y las disposiciones todas de la defensa parecían asegurarnos el triunfo; pero nada logran la voluntad ni los medios humanos cuando les son adversos los designios providenciales. Un general entendido y valiente puesto á la cabeza de la división volante destinada á caer sobre la retaguardia del enemigo cuando atacara éste cualquiera de los puntos de nuestra línea, en su afán de batirse desobe-

dece las órdenes del general en jefe, altera y desbarata el plan todo de la defensa ocupando y fortificando posiciones él mismo, y provoca y da la batalla de Padierna: y Santa-Anna, que con sus tropas disponibles debió haberle auxiliado en ella, ejerciendo así las funciones de la división de Valencia ya que se habían trocado los papeles, permaneció de simple espectador de la acción y la dejó perder, pudiendo y debiendo haberla ganado según las probabilidades y las reglas del arte militar.

Una página gloriosa entre tantos desastrosos sucesos dejó escrita la guardia nacional del Distrito en la defensa del convento de Churubusco. No solo aquí, sino en Veracruz, Nuevo México, Californias, Chihuahua y Tabasco, se vio á los ciudadanos pacíficos tomar las armas, oponerse con ellas á la invasión extranjera, y batirse hasta consumir sus fuerzas y recursos todos.

Tras el primer armisticio, las hostilidades se renovaron con la batalla de Molino del Rey, en que el valiente Echeagaray y su 3.<sup>o</sup> Ligero vieron la espalda al enemigo y le quitaron la artillería que se llevaba de nuestra línea. También esta función de armas, gloriosa para nosotros con todo y su pérdida, habría debido ganarse si hubiésemos tenido allí general en jefe,<sup>1</sup> y si las divisiones de caballería atacaran en el momento oportuno.

Chapultepec y las garitas presenciaron actos de heroico valor de sus defensores y quedaron tintos en la sangre propia y ajena; mas fueron perdidos y dejaron dueño de la capital á Scott, y terminada virtualmente la resistencia de la República.

Se ha criticado á su caudillo el abandono del plan que tuvo algunos días después de la derrota de Cerro-Gordo, de no volver á presentar grandes masas al enemigo, y de limitarse á cortar toda comunicación con Veracruz, base de sus operaciones. Pero cuando se ha visto que en Padierna y en Molino del Rey debimos haber triunfado, no hay conciencia para calificar de yerro completo el desistimiento de aquel plan. No se debe, por otra parte, desconocer que, tratándose de una nación poderosa y tenaz en sus designios, la derrota de los ejércitos de Taylor y Scott, más bien que una paz inmediata y ventajosa, habría podido determinar la venida de nuevas tropas, el empleo de medios más vigorosos y eficaces para la consecución de su objeto.

Tal fué nuestra campaña de 1846 á 1848, y en ella el ejército y la guardia nacional cumplieron su deber y dieron el espectáculo no común de rehacerse, presentarse ante el invasor y batirse con él á otro día de

<sup>1</sup> Se recordará que Santa-Anna había sido atraído hácia la línea del Sur por fuegos y movimientos simulados del enemigo.

cada derrota, lo cual no hacen los cobardes. Ningun pueblo que no carezca de sentido moral vería con indiferencia en sus anales defensas como las de Monterey de Nuevo Leon, Veracruz y Churubusco; batallas como las de la Angostura y Molino del Rey; muertes como las de Vazquez, Azoños, Martínez de Castro, Frontera, Cano, Leon, Balderas y Xicotencatl. Y en cuanto al jefe principal, Santa-Anna, no obstante sus errores y faltas, cuando la bruma de las pasiones y de los odios políticos haya desaparecido del todo, ¿quién podrá negar su valor, su actividad, su constancia, su entereza contra los repetidos golpes de una siempre adversa fortuna; la maravillosa energía con que estimulaba á todos á la defensa, y sacaba recursos de la nada, é improvisaba y organizaba ejércitos, levantándose como Anteo, fuerte y animoso después de cada revés? ¿Qué no habría sido la defensa de México tras algunos años de paz interior, con ejército mejor organizado y armado, y bajo un sistema político que hubiera permitido al caudillo disponer libremente de todos los elementos de resistencia de la nación? Una palabra más sobre la campaña, y que será de justicia para el enemigo: su temperamento grave y flemático; su carencia de odio en una aventura acometida con el simple intento de medros territoriales; su disciplina, vigorosa y severa en los cuerpos de Línea, y que abrazaba á los Voluntarios con excepción de algunas fuerzas volantes que fueron un verdadero azote; y, sobre todo, el noble y bondadoso carácter de Taylor y Scott, disminuyeron en lo posible los males de la guerra; y el segundo de los citados jefes, primero en el mando de las armas invasoras, fué, una vez terminada la campaña del Valle, el más sincero y poderoso de los amigos de la paz.

No solo no fué ésta deshonrosa, sino que figurará en los anales diplomáticos de los pueblos hispano-americanos como resultado de una negociación que solo el patriotismo y la inteligencia de Peña y Peña y Couto pudieron resumir en las condiciones pactadas cuando estábamos enteramente á merced del vencedor. La paz, por otra parte, nos proporcionaba ocasión de aprovechar la experiencia adquirida, corrigiendo no pocos abusos, despertando del sueño de muchas ilusiones, poniendo coto á nuestros gastos, nivelando nuestro erario con los fondos de la indemnización, restableciendo el crédito público, y haciendo que un espíritu de unión y concordia sustituyera la irritación y el encono de nuestras pasiones políticas. La ocasión fué desaprovechada del todo. La discordia afirmó aquí su imperio en vez de perderle, y la serie de los años posteriores dejó señalada su marcha con ancho reguero de lágrimas y sangre, y nos acercó más y más al abismo de que nos debíamos haber alejado.